



España, crisis económica e inmigración como metáfora en *Patera*, de Juan Pablo Vallejo

Manuel Sosa-Ramirez
The University of Mississippi
USA

España que siempre fue un país de emigrantes, al iniciarse el presente siglo pasa a ser por primera vez en su historia un país receptor de extranjeros. Según cálculos del INE español (Instituto Nacional de Estadística), a mediados de los 90 la inmigración en España no superaba el medio millón; a partir del año 2000, sin embargo, la cifra asciende a 1.37 millones y en el 2011, se dispara a los 5.73 millones, un 12% de la población total (Rizzi 1). Este dato, según los expertos, equivale al grado máximo de población extranjera residiendo en un solo país en toda la Unión Europea del presente (Checa 141). El masivo flujo migratorio ha supuesto el principal factor de cambio experimentado socialmente en la nación desde finales del siglo XX. Se comienza a ver, por ejemplo, un vertiginoso incremento de inquietudes en la población local como resultado del impacto de la inmigración sobre la economía, el mercado laboral, los servicios públicos y la seguridad ciudadana (Mora 2). Esto supone un radical cambio de perspectiva de los nacionales con respecto a la positiva aceptación que de la inmigración se tenía a mediados de los 90, cuando aún se la consideraba necesaria y no excesiva. Poco a poco, sin embargo, el sentir se transforma en abierta xenofobia y discriminación, según datos del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas). De pronto el extranjero pasa a ser sinónimo de desempleo, de delincuencia, de bajos salarios y se le ve como una amenaza a la identidad cultural.

En este repentino cambio de paradigma el discurso mediático, generalmente inflamado, tuvo un efecto pernicioso. El énfasis continuo en temas sociales de toda índole, siempre aludiendo negativamente a la inmigración, provocó en el imaginario colectivo nacional ansiedades de tal envergadura que el fenómeno migratorio en una década pasó de ser “una cuestión subsidiaria a una de primer orden en la agenda política y social”

(Checa 145). Tras la amenaza de ETA, el paro y las crecientes dificultades económicas, la inmigración ocupaba un distante cuarto lugar en la problemática nacional al iniciarse el año 2000. En el 2006, sin embargo, ocupa un segundo puesto precedido únicamente por el paro.¹ En opinión de Ana Abril, experta española en asuntos de inmigración, en tiempos de crisis y de resuelta indeterminación social resulta muy “fácil... hacer que cale un discurso que enfrenta a unas personas con otras, obviando los problemas reales...” (Bárbulo 2). Es claro que el constante bombardeo mediático falso y alarmista sobre varios temas – sumado a las agenda políticas negativas de los grupos de ultraderecha que buscan hacerse con el poder – ha contribuido enormemente a fomentar imágenes de exclusión social y recelo xenófobo que poco a poco han dado paso a resultados inusitados.

***Patera* y el teatro**

Patera (2003), la obra de Juan Pablo Vallejo,² es un drama poético-humorístico y desgarrador a la vez que aborda de forma descarnada, pero en un lenguaje rigurosamente elaborado, una de las problemáticas más punzantes de la sociedad europea actual: la inmigración como consecuencia de atrocidades políticas o necesidades económicas. Su planteamiento bosqueja la dura vida de un inmigrante marroquí, un sudamericano, compañero quijotesco de andanzas, y un subsahariano sin papeles en las costas del sur de España. Se trata de sujetos desesperados por la cruda realidad de sus países, ansiosos de escaparse para realizar el sueño de ‘El Dorado europeo’ – falsa imagen de una sociedad de opulencia, bienestar y de derecho que generan los jóvenes inmigrantes que regresan anualmente a su país de vacaciones (Khadija 289) – siendo al final presa fácil de traficantes de utopías, inescrupulosos negociantes de la libertad y el miedo. Muy pronto la realidad se abre paso rompiendo todo encanto y revelando la sórdida fatalidad de los hechos. En palabras de Pitus Fernández, director del montaje de la obra en 2004 con la agrupación teatral menorquina La Clota, *Patera* “refleja la realidad del inmigrante al llegar a su destino y lanza un mensaje claro y

concreto: No vengas, pero si lo haces, intégrate.” Y cree que “el contrapunto imaginario de la obra [está] en la exuberante y diabólica exhibición de occidente, como carrusel perverso y obsceno, con goteo de muerte, desolación y silencio, presente y persistente en la obra” (Fernández 19). Para el jurado que otorgó el Premio Born 2003 de teatro a Vallejo, “*Patera* es como un iceberg en la arena que descubre un mundo tan humano como complejo” (Giménez). El presente trabajo tiene tres propósitos: primero, examinar la manera en que la pieza de Vallejo dialoga con la España afectada por la aguda crisis económica. Segundo, examinar la manera en que *Patera* pone de relieve la mirada del inmigrante, del diferente, del otro, y las razones por las que su palabra se ve sujeta a amordazamiento en los tiempos de la globalización y consolidación económica europea. Tercero, demostrar que según el trazado de la obra, el llamado “sueño europeo,” al igual que su contrapunto, el “sueño americano,” no es más que un espejismo que al final del camino habrá de convertirse en pesadilla.

Al iniciarse el presente milenio, las aguas del Estrecho de Gibraltar, lo mismo que la zona del Rif, una región maldita para el gobierno marroquí, se han convertido en un teatro de acciones en el que se suceden las escenas más crueles de la vida humana. Miles de inmigrantes, víctimas de economías feroces y de gobiernos corruptos, llevados por la desesperación y la ira, se lanzan a cruzar el trecho que separa la orilla pobre de la orilla rica, sólo para ver sus sueños ahogarse en las traicioneras aguas del Estrecho. Según datos del periódico *El País*, solamente entre los años 2001-2003 la Guardia Civil detuvo alrededor de 4.500 indocumentados marroquíes y subsaharianos que intentaban llegar en múltiples pateras a las distintas zonas de las costas españolas mediterráneas (Tarifa, Motril, Fuerteventura, Granada, Almería, Cádiz e islas Canarias) (“Las Llegadas” 1). Entre los detenidos había mujeres embarazadas, bebés y menores de edad. Las estadísticas no mencionan a los ausentes: los ahogados o asesinados por los traficantes, o los clandestinos que lograron llegar a tierra firme con vida. En la pieza de Vallejo, sin embargo, se dan cita las voces de las víctimas de tan dura travesía, cuyos cadáveres o se los tragó el mar o los arrojó a la orilla sólo para engrosar el cómputo de

muertos (Korzozi 287). A diferencia de países como Francia, Inglaterra y Estados Unidos, la inmigración masiva en España era hasta ese entonces un fenómeno relativamente desconocido. A partir del 2000, no obstante, la tasa de crecimiento de la población española resulta ser la más alta de la historia, superando con creces varios periodos, inclusive el de la posguerra civil de 1940 (Guimarães 6). Este hecho, por supuesto, tendrá agudas consecuencias en los años por venir.

En la España actual, todo el mundo sabe que una patera ya no es un simple bote de pescadores sino una lancha pequeña, de fondo plano y sin quilla, que usan los inmigrantes de origen africano en su intento de llegar a Europa. Pero 'pateras' también se denomina a todos aquellos que se valen de esta precaria barcaza para cruzar el Estrecho. El fenómeno del trasiego migratorio masivo no sólo ha capturado el imaginario colectivo y la mirada de la prensa mediática sino también al teatro. Hasta hoy se han generado propuestas dramáticas de varios tipos como son *Rey Negro* (1997) y *La mirada del hombre oscuro* (1993) de Ignacio del Moral, *Bazar* (1997) de David Planell, *Animales Nocturnos* (2003) de Juan Mayorga, *Tentación* (2004) de Carles Battle, *Forasteros* (2004) de Sergi Berbel y *El Privilegio de ser Perro* (2005) de Juan Diego Botto y Roberto Cossa – entre otras obras. En buena parte de estos textos, la inmigración se observa desde el punto de vista de la sociedad de acogida (Guimarães 7), de receptores no siempre confiables que la aprueban, la rechazan o la ignoran.

Once escenas cuidadosamente estructuradas dan cuerpo a la obra de Vallejo. Algunas de ellas, mucho más cortas que las otras, contienen simples pero importantes acotaciones. El manejo del tiempo y espacio obedece a un movimiento pendular que enfatiza los contrastes: pasamos de la orilla europea a la africana constantemente; pero aunque se trata de un presente continuo, el diálogo entre ambas zonas pareciera separado por siglos, sea de atraso o de desarrollo. Siete son los personajes: un marroquí sin papeles llamado Mustapha o Mustafá; un sudamericano con papeles llamado Juan (trasunto del propio autor); Obo, un gambiano que dice haberse salvado de milagro al caer de una patera; una Mujer, la madre de Mustapha, que le aguarda al otro lado

del océano; un Sepulturero, que, según el autor, más parece un pájaro de mal agüero (Martorell Coca 13) que anuncia la muerte; un Carpintero, que construye pateras, y su Hijo, un ‘pollero’ o ‘coyote,’ que las utiliza para el tráfico encubierto. Estos dos últimos trafican con las vidas de los inmigrantes; el Sepulturero, en cambio, negocia con sus muertes, los cadáveres que recoge en alta mar que luego ‘vende’ a sus familiares, cuando pueden pagar, para ser enterrados debidamente.

La pieza abre con un cuadro desolador. Una mujer examina cuidadosamente las ropas raídas que un misterioso hombre, El Sepulturero, ha sacado de unas bolsas de basura y colgado en un tendedero improvisado. La mujer – que bien podría ser una madre, esposa o hermana – se detiene ante una camisa blanca percutida que abraza con llanto. El Sepulturero, en tono solemne, comunica a la mujer la desgracia sucedida mar adentro, el hundimiento de una patera que ha cobrado varias vidas. Así las cosas, dice el autor, El Sepulturero parece el malo del asunto, pero “se tiene que ganar la vida. Y parece malo, porque regatea incluso con la muerte, pero es lo que hay” (Martorell Coca 13). Esta escena se repetirá varias veces a lo largo de la obra para enfatizar una y otra vez la fatalidad sin fin que se vive en estos contornos del infierno.

Enseguida, en la costa española, vemos a Juan y Mustapha construyendo una playa artificial con casas veraniegas en un espacio otrora inhóspito. Ambos hombres descargan sacos de arena a la vez que conversan sobre las razones del por qué se han visto forzados a abandonar sus países y venido a parar a este sitio donde se les ve con desdén. Dice Juan que con mucha suerte logró escaparse de un lugar en el que “nunca sabes lo que te puedes encontrar a la vuelta de la esquina. [En el que] nos han puesto un cuchillo en el cuello y nos han robado la esperanza” (*Patera* 36). De los fardos de arena que disponen los dos hombres asoman súbitamente huesos humanos mezclados con zapatos viejos, ropa raída, y otros despojos. El sorpresivo descubrimiento sugiere que el cacareado éxito del liberalismo económico – mezcla de atraso y crecimiento siempre conectados – descansa

en la inmolación de las víctimas que poco a poco van cayendo en nombre del progreso.

En la otra orilla, asistimos al triste soliloquio de la Madre que increpa al hijo proscrito sobre el por qué tuvo que abandonar su pueblo sólo para ir a morir en tierra desagradecida. Dice la madre al hijo tragado por las aguas del estrecho:

¡Qué te he hecho alma mía que en esta soledad me has dejado! En la arena tus pies descalzos no dejaban huella, y el pez con sus aletas diminutas hizo un pequeño caminito al mar que caíste, y al romper una nueva ola, con su fuerza te sumergiste en el rojo pez y el blanco de las espumas (*Patera* 40).

Las referencias visuales de la madre al agua revuelta, misteriosa y traicionera, a la muerte por asfixia o ahogamiento, y desaparecimiento de los cuerpos, sin siquiera haber tocado tierra son por lo demás explícitas.

Obo, el negro, el más marginado de todos precisamente por ser negro y subsahariano, vaga siempre como una sombra sin rumbo fijo. Dice buscar en la arena despojos de los muertos, zapatos, prendas, ropa, algo a lo cual asirse para no olvidar el origen y el momento de partida. Porque Obo en esta tierra desconocida ha perdido algo que posiblemente nunca encuentre: la identidad, la razón de ser y el camino a casa que poco a poco parece más difuso. O quizás a Obo le pasa lo mismo que a Juan, quien se ha convencido a sí mismo de que es melancolía barata ansiar el retorno al país de origen y piensa que lo mejor es “¡hundir el barco!” y “quemar el billete” para así no tener otra opción que quedarse (Martorell Coca 14). Obo pareciera ser para Vallejo ese continente difuso, siempre desdeñado aunque poco comprendido por occidente; “el África negra” ancestral de las grandes penurias, de las grandes epidemias globales, que si bien resulta ser una nomenclatura geográfica lo es también racial (Martorell Coca 13). Obo, lo mismo que la mujer con los harapos, busca “el zapato” perdido, ese humilde testigo mudo de la gran tragedia y de la imposibilidad de alcanzar el añorado destino. El negro – que siempre habla de incendios y de saqueos – es ese nómada eterno que Antonio Machado pinta con amor cuando escribe “Caminante, son tus huellas/ el

camino, y nada más [...] Caminante, no hay camino,/ sino estelas en la mar” (223). Habla el negro: “Lo quemaron todo. Salí corriendo, salvé dos libros, los zapatos, no podía regresar. Camino desde el centro del mundo sin saber adonde ir. Quise regresar, ya estaba muy lejos. Di todo mi dinero para que me trajeran, luego vino el mar, noche de miedo y gritos” (*Patera* 44). Una vez más la gran tragedia del desarraigo forzado, el naufragio inesperado de la muerte súbita. Obo es eso, la sombra negra del enigma de no saberse vivo o muerto en tierra negada.

En la escena siete el Carpintero confecciona pateras al mismo tiempo que divaga en sus reflexiones. El hombre hubiese querido que su único hijo fuera carpintero como él y no traficante inescrupuloso de vidas ajenas. Pero en estos contornos todos son víctimas o victimarios y todos han perdido algo. El viejo culpa al mar por las tragedias que causa, por la sangre joven que se pierde, por los que desaparecen sin dejar rastro; fustiga al bosque porque produce la madera con la que se confeccionan las pateras o las cajas de muertos que conducen al destino final. Dice el hombre, refiriéndose a la muerte y la sangre, dos elementos que hilvanan la obra de principio a fin: “En el fondo del mar la sangre no se ve tan roja. Los cuerpos se hinchan de agua y se sumergen a lo más profundo. Entonces los peces, los más curiosos, se acercan al cuerpo y lo mordisquean. Luego los más grandes, y la sangre ya no es roja. El mar se lo come todo” (*Patera* 46). Lo mismo que la Madre, aunque desde una perspectiva distinta, el Carpintero expresa la tragedia desgarradora del naufragio en imágenes sensoriales: vidas humanas en su plenitud convertidas de pronto en cuerpos inertes sangrantes, en sujetos-pateras anónimos caídos en desgracia sólo para ser devorados por los peces.

El hijo, por su parte, no oculta su deprecio por el oficio del padre y afirma que la eficacia del transporte ilícito es el gran negocio del futuro. Por eso se ha comprado unas ‘zodiacs,’ botes de goma impulsados por alta propulsión, que vuelven obsoletas las lentas pateras de madera que fabrica el padre. La zodiac, asevera el Hijo con orgullo, “es una maravilla, corre como un atún. Hago el doble de viajes y doble carga. Bien apretados caben unos treinta por viaje. Soy el mejor piloto y sé nadar. Además siempre voy armado y si

alguien me quiere robar, le meto un tiro en la cabeza” (*Patera* 47). A su manera, el Hijo también ha naufragado en las aguas del estrecho, se ha perdido. Él, al igual que los otros ‘coyotes,’ lo que transportan no son seres humanos ansiosos de mejor vida sino simplemente una carga, un peso muerto compuesto de reses. La deshumanización del trasiego, de la dura travesía y de la empresa en general se transforma en estos sitios en moneda de cambio común: todo se reduce a cifras matemáticas, a estadísticas, a pérdidas y ganancias. Pero para el padre, que de pronto ve amenazada su tajada en el lucrativo negocio por los avances de la nueva tecnología del transporte, el cambio repentino no resulta ser de gran preocupación. Sabe que siempre estará ocupado confeccionando los sarcófagos para los cadáveres que siempre seguirán llegando.

La octava escena es una repetición de la primera. El Sepulturero regresa al desierto y despliega algunos de los despojos que ha recogido en algún sitio: “Saca de una de las bolsas un velo negro. Lo mira y lo cuelga en un improvisado tendedero” (*Patera* 48). Es claro que anuncia la trágica muerte de una mujer de la que espera encontrar familiares que paguen por su cadáver. La escena siguiente es una carta de Juan a su madre. En la carta Juan comenta sobre lo bien que va el trabajo, sobre el dinero que le envía y como debe repartirse entre ella y quien le ayudó a conseguir los papeles. Habla sobre Obo y la “casa de cartón” que éste ha construido como vivienda en la nueva tierra, y que el gambiano considera “su palacio” y a sí mismo “su propio rey” (*Patera* 49). Comenta sobre las trágicas historias que el negro y Mustapha han dejado atrás: la fuga y casi muerte de la familia del primero debido a la quema del pueblo; los esfuerzos del segundo por juntar el dinero para casarse y “llegar a casa con su coche nuevo... y regalos para su novia y toda la familia” (*Patera* 49).

La escena diez ocurre frente al “palacio de cartón de Obo” (*Patera* 51). Obo confiesa con desencanto a sus compañeros que no es posible conseguir lo que anhela en esta tierra engañosa y que por ello ha decidido regresar a su pueblo: “yo sólo he sido una molestia desde que llegué. Jamás me darán trabajo... El final ha llegado antes de comenzar y no nos hemos dado cuenta”

(*Patera* 51-52). Pero una vez más, su mala estrella de violencia le persigue. El Hijo se hace presente para cobrar el resto del dinero que prometió pagar antes del viaje. Obo se niega a hacerlo y acusa al ‘pollero’ de incumplimiento del trato y de abusar de sus pasajeros al momento de la travesía: “Nos obligaste a saltar, y había mujeres. No sabían nadar... No escuchaste los gritos” (*Patera* 53). La escena termina con una nota ambigua, El Hijo golpea a Obo fuertemente en la cabeza y quema su casa de cartón. “Mientras las llamas consumen todo, se escucha la voz de Obo cantando una alegre canción de su pueblo” (*Patera* 54). Todo sugiere que Obo ha muerto o al menos que es inmune a la muerte. En la escena última, se ve a El Sepulturero en una desolada plaza de pueblo en el desierto cargando dos bolsas de basura. Con tono solemne repite el ritual de siempre: extrae de las bolsas camisas y pantalones que cuelga en un tendedero. Luego, libreta en mano como todo un mercader, informa a los oyentes sobre la desgracia más reciente en altamar. Los demás se acercan a inspeccionar las raídas ropas de las que escogen una pieza que aferran a su pecho mirando el horizonte. El final abierto sugiere que el ciclo de interminables desgracias comienza de nuevo.

Pero, ¿qué busca Vallejo con *Patera*? A la pregunta, el autor responde que en España el hablar de inmigración se ha vuelto un tabú: “hay gente que se crispa, que se enfada. La inmigración [es] vista como una aberración porque no está dentro [de las cuatro paredes de cada quien o] de las convenciones del imaginario colectivo” (Martorell Coca 14). De allí que su objetivo al escribir y ver la obra en escena no sea tanto atacar los supuestos que los individuos tienen sobre la inmigración o reivindicar el fenómeno directamente. El propósito, asegura, es establecer un diálogo productivo con la audiencia, “para que las personas puedan recuperar la esperanza, dejar el miedo que tienen a la inmigración... Que se hable del tema más allá de las estadísticas: de los muertos y de los que vienen a trabajar, a quitar el trabajo, como dicen algunos.” De lo que se trata, continúa, es de que se reconozca que la inmigración la integran “personas de una riqueza cultural, ancestral infinita” que debieran tener la oportunidad de ser escuchadas, “más allá del paternalismo” (Martorell Coca 14).

No empleo, no permiso de residencia

Según corroboran datos del INE y de la Oficina Económica de la Moncloa (palacio de gobierno), la mano de obra inmigrante, mayormente de África y América Latina, fue “factor determinante en el crecimiento económico que España vivió en los primeros años del siglo XXI” (Mora 10). Según estas estadísticas, la inmigración habría sido directamente responsable del “30% del PIB español experimentado entre los años 1996-2005 y del 50% del incremento producido entre el 2001 y el 2005” (Mora 11). No obstante, a partir de la crisis del 2008, el 38% de la fuerza laboral extranjera se vio súbitamente desempleada, frente al 26.7% de la mano de obra en general. Esta situación de paro que afecta a España en los últimos seis años, ha dado paso a medidas gubernamentales extremas como la llamada “irregularidad sobrevenida,” una especie de espada de doble filo que golpea duramente al inmigrante que por largo tiempo ha trabajado en suelo español y que al perder el empleo pierde también el derecho de residencia. Esta automática supresión de derechos, por supuesto, imposibilita al inmigrante a encontrar otro empleo – ya que si no hay residencia, no hay empleo y viceversa – por lo que se enfrenta a una irremediable expulsión del país. De allí que una de las primeras medidas de los partidos gobernantes al asomar la crisis (PSOE-PP) ha sido impulsar un plan de retorno de inmigrantes a sus respectivos países asumiendo ‘generosamente’ los costes de transportación. Con esta acción, según los expertos, el mensaje que se lanza al mundo no es otro que mera hipocresía: “los inmigrantes que nos [ayudaron] a construir el crecimiento económico [de España, ahora deben] irse” (Bárbulo 3).

Algunos casos como los de Yousuf Ouma y Ramiro Zabala constatan lo anterior. Ouma llegó a España en 2005, cuando el país era todavía un gigantesco crisol de construcción inmobiliaria y no había dificultades para emplearse. Lo que ganaba era suficiente para cubrir gastos personales y mandar dinero a su familia en Nigeria. Pero la crisis económica lo cambió todo. Ouma quedó desempleado en 2007 y llegados al 2012 no había encontrado uno todavía. Cuando ese mismo año tuvo que renovar el permiso de residencia

su petición fue denegada. Sin un trabajo, le dijeron, no tenía derecho a quedarse. Ouma se queja, “Si no hay trabajo en España, ¿cómo voy a encontrar uno? Mi familia en casa grita: ‘¡Manda dinero! Pero yo no tengo dinero para mandar’” (Rainsford). Unos meses después Ouma no tuvo otra salida que abandonar España. Ramiro Zabala, de origen ecuatoriano pero nacionalizado español, lo mismo que su esposa y dos hijas, vive en España desde el 2000. Dice que la situación anduvo bien hasta el 2008 cuando comenzó a deteriorarse. Así las cosas, declara el hombre, su familia no tiene otro remedio que regresar a Ecuador, sumándose así a la larga lista de españoles nacionalizados que optan por el regreso en busca de un futuro mejor. Antes de obtener documentación, declara Ramiro, “era más fácil trabajar, pero una vez [consigues los papeles] nadie te [quiere] dar trabajo, porque al ser legal [tienen] que pagarte la seguridad social, vacaciones, horas extras [...] Desde ese momento se [empiezan] a cerrar las puertas” (Serrano).

El alto porcentaje de desempleo ha sido hasta ahora la gran preocupación de los votantes. No es extraño entonces que en las elecciones locales y gubernamentales de los últimos años la inmigración se haya convertido en el chivo expiatorio de turno. Tampoco es extraño que España haya estado promulgando leyes sucesivas sobre extranjería cada vez más severas, cuyo propósito es detener sino eliminar la “imparable incursión foránea” – según palabras de algunos delegados. En este respecto, el secretario general del Sindicato Unificado de Policía de Madrid no duda en admitir que al cuerpo policial así de pronto se le exige una posición más severa en cuanto a la vigilancia generalizada, sobre todo la de aquellos sujetos en apariencia desocupados. Asegura que se debe cumplir “una cuota de 15 a 25 personas por chequeo [diario], independientemente de que sean sospechosas de algún crimen o no.” La manera de vigilar ahora, nos dice, “se parece a la que se empleaba bajo la dictadura [franquista]” (Rainsford).

Pero, ¿qué ha ocurrido con la inmigración/emigración en España desde la publicación de *Patera*? Se estima que en el periodo de esplendor económico (2002-2008) arribaron a suelo español un promedio de cinco millones de extranjeros. Unos 0.70 millones de media al año con un máximo de 0.96

millones en 2007. A partir del 2008 la cifra se viene abajo y se coloca alrededor de los 0.3/0.4 millones de inmigrantes anuales (Martínez Abascal 1). En el mismo periodo abandonan el país un promedio de casi un millón de extranjeros. La situación experimenta un cambio repentino en los años de la crisis (2009-2012). En estos cuatro años entran 1.4 millones de inmigrantes a un ritmo de unos 0.35 millones al año, la mitad de los 0.75 millones de la etapa anterior. Pero abandonan suelo español 1.60 millones a un ritmo de 0.40 millones anuales por los 0.12 millones del periodo anterior. Es decir, en el *boom* económico entraron cuatro millones de personas, pero en la fase de crisis solo salieron 0.20 millones. Según estas cifras, el promedio inmigración/emigración es negativo (-0.20 millones de individuos), lo cual significa que, a pesar de la dura crisis económica, los que deciden marcharse no son muchos (Martínez Abascal 1)³.

Conclusiones

Según Domingo Miras, dramaturgo español, la emigración a Europa, sea de África o de América Latina, es por ahora un hecho insoslayable y de creciente importancia demográfica, pero que provoca algunas reacciones inquietantes. No es ningún secreto, asegura Miras, que desde hace mucho tiempo los estados europeos reservan la entrada sólo para aquellos forasteros que poseen un contrato de trabajo; es decir, se trata de trabajadores no inmigrantes. Lo que verdaderamente se teme, apunta el dramaturgo, es que arribe “una población de desocupados exóticos y desarraigados que aumentarían sus propias masas de marginados sociales.” Lo que se teme es que estos ‘sin papeles,’ “que no sólo se resisten a abandonar sus costumbres e integrarse a la sociedad receptora, invadan la opulenta Europa” (5). Aunque, valga decirlo, destaca Miras,

la sociedad receptora suele dar por buena esta vida cerrada de los forasteros, y refuerza, promueve o facilita su reclusión en barrios especiales, procurando enquistarlos en reductos cuya autosuficiencia los hace más o menos herméticos, un poco a la manera de *ghettos* aunque sin el ostentoso descaro de murallas y puertas, a fin de que su perturbador exotismo,

desgraciadamente inevitable, permanezca circunscrito a unas áreas limitadas y precisas (5).

Lidia Falcón, por su parte, también reconocida dramaturga española, tacha de deshonesto el comportamiento de la España actual con los inmigrantes que la han ayudado a levantarse. Falcón admite que España de una nación de emigrantes ella misma pasó a ser repentinamente una de acogida, pero el rol le quedó muy grande y su desempeño ha sido deplorable. Con la amnesia que pone sello a estos tiempos, señala la dramaturga, España ha olvidado, con “mezquina ingratitud,” las épocas en que con un par de mudadas en una caja de cartón, tanto en bodegas de barcos o desvencijados vagones de tercera fila,

nuestros españolitos salieron por todas las fronteras hacia latitudes más generosas que esta madrastra patria. Ahora, con automóvil y piso en propiedad, se atreven a mirar con desprecio, con hostilidad, y hasta con ira, a los pobres del mundo que arriban a nuestra tierra, con la única demanda de trabajo y pan (14).

Pero lo que es peor, apunta Falcón, increpando a los escritores dramáticos de hoy, es que los “Shakespeare” que deberían relatar los dramas de estos “judíos modernos” se encuentran inmersos en sus banales problemas de élite, esos que “molestan a la pequeña burguesía acomodada y que se refieren con aburrida repetición a sus infidelidades amorosas y sexuales” (16).

En efecto, los dos temas señalados por Miras y Falcón – la forzada e irremediable inmigración a Europa y la pobre recepción del teatro de hoy – tienen especial relevancia en estos tiempos turbulentos de la globalización económica que marcan al mundo del presente. En la medida que la pobreza, la represión política, la guerra y otros conflictos sociales sean los principales agentes motivadores de forzados desarraigos la emigración (o inmigración – según se vea) como recurso último siempre será un hecho inevitable. La reacción del teatro, por su parte, debe ser más firme y eficaz. El teatro, que siempre ha sido un vehículo de expresión de problemáticas sociales de todo tipo, debe interesarse más en textos y propuestas dramáticas en la que los afectados, directa o indirectamente, puedan examinar con ojo crítico el rol que



les ha tocado jugar en este fenómeno – quizás no tan nuevo, pero sí alarmante – de la inmigración masiva. El teatro debe poner al descubierto las manipulaciones tras bambalinas de la prensa mediática, de las ideologías xenófobas y discriminatorias que oportunamente se aprovechan del asunto para maniobrar sus metas políticas. El teatro no puede seguir mudo ante la triste verdad de que en los últimos años han perecido en las aguas del Estrecho de Gibraltar más de ocho mil magrebíes y subsaharianos, y se han detenido, expulsado, maltratado, torturado, herido, linchado y hasta asesinado a miles de inmigrantes de procedencia diversa. Todo esto ante la indiferencia o aprobación manifiesta de la mayoría de la población autóctona. Son muchas las madres o esposas, como atestigua el texto de Vallejo, que en la orilla pobre cada vez lloran más y más a sus muertos; aguardan con miedo la llegada de un pájaro agorero con noticia devastadoras; o añoran saber con ansias si los seres queridos que el mar se tragó al menos descansan en paz.

© **Manuel Sosa-Ramirez**

Notas

¹ *Paro* se denomina en España a la situación de desempleo que afecta al país. A lo largo de la aguda crisis financiera que se inicia en 2008 y que dura hasta la fecha el paro ha registrado niveles nunca vistos. Según informe de EPA (Encuesta de Población Activa), el desempleo en 2007 marcaba un mínimo histórico de 1,76 millones de personas (7,95 % de la población activa). A partir del primer trimestre de 2013, sin embargo, el paro alcanza un nivel histórico de 6.2 millones de parados (un 27,16 %) siendo la gran mayoría inmigrantes.

² Juan Pablo Vallejo es colombiano de nacimiento (1974), pero emigró a España – no sin problemas – cuando era adolescente. Ahora reside en Tarragona, región de Cataluña, con su esposa española. Su formación teatral en Colombia, su experiencia de inmigrante, el largo camino para conseguir ser legal en España, y la falta de reconocimiento por no haberse formado en círculos teatrales españoles dan sustento a su primera obra escrita *Patera*, ganadora de la XXVIII edición del premio Born 2003 (Menorca, Baleares).

³ A partir del 2011 España no es sólo uno de los países europeos con mayor tasa de emigración, sino que ésta se multiplicó considerablemente en los últimos cuatro años. Pero, ¿quiénes son los que se van? Según puntualiza Martínez Abascal, de los 1.6 millones de personas que se han marchado en los años apuntados, un promedio de 400.000 por año, aproximadamente unos 50.000 son nacidos en España, o sea un 12% - 13%. Se trata de unas 15.000 personas más de las que se iban antes de 2002. Es decir, el número de españoles que deciden marcharse debido a la crisis financiera se ha mantenido en un promedio anual de 15.000. Una cifra no muy alta, según Martínez Abascal. En cuanto a edad, el 60% son menores de 35 años (1).

Trabajos consultados

Bárbulo, Tomás. “Los estados son hipócritas con la EU en asuntos de inmigración”. *El País*. Ediciones El País. S.L. 19 de mayo del 2014.
Pp. 1- 3 – 19/05/14 4:44 PM Web

Checa, Juan Carlos y Ángeles Arjona. “Españoles ante la inmigración: el papel de los medios de comunicación”. *Comunicar* 37.XIX (2011): 141-149.
03.06.2011 – 08/07/13 10:15 AM Web

“Encuesta de Población Activa (EPA): Primer Trimestre 2013”. *Instituto Nacional de Estadística – Notas de Prensa*. 25 de abril de 2013. Pp. 1-22. 3/28/14 5:34 PM Web

“Escenarios y pateras”. *El País-Archivo*, 22/3/2008 – 3/26/13 4:42 PM Web

Esteban, Rafael. "Pateras sobre las tablas: Baleares y Canarias en la Muestra de Teatro de las Autonomías". *El Cultural.es* 16.03.2006 – 3/26/13 4:24 PM Web

Falcón, Lidia. "Dios en el infierno." *Las puertas del Drama. Revista de la Asociación de Autores de Teatro* 21 (Invierno 2005):13-16.

Fernández, Pitus. "Patera: Algunos motivos para su puesta en escena." *Primer Acto* 302 (2004): 18-19.

Giménez, P. "Rafael Oliver produce 'Patera', una obra sobre la realidad del inmigrante". *Observatorio Las Palmas, Menorca*, 2004 – 6/23/2012 Web

Guimarães de Andrade, Carla. *El motivo de la inmigración en el teatro español (1996 – 2006)*. Tesis doctoral, Departamento de Filología, Universidad de Alcalá. Julio, 2008.

Korzozí, Khadija. "La inmigración marroquí en la narrativa española contemporánea," en F. J. García Castaño y N. Kressova (Coords.) *Actos del Congreso Internacional sobre Migración en Andalucía*. Granada: Instituto de Migraciones, 287-293.

"Las llegadas masivas de inmigrantes en los dos últimos años". *El País- Actualidad*, 15.10.2003 – 11/4/2010 Web

Machado, Antonio. "Poema XXIX". *Campos de Castilla*. Madrid: Cátedra, 2001.

Martínez Abascal, Eduardo. "Datos de inmigración y emigración antes y después de la crisis". *Economía para todos, IESE – Business School – University of Navarra*. 20.01.14 14/07/14 4:36 PM Web

Martorell Coca, Pep. "¡Hay que hundir el barco! El billete se tiene que quemar." Entrevista con Juan Pablo Vallejo. *Primer Acto* 302 (2004): 7-17.

Miras, Domingo. "Migraciones históricas." *Las puertas del Drama. Revista de la Asociación de Autores de Teatro* 21 (Invierno 2005): 5-8.

Mora Castro, Albert. "El impacto de la inmigración en la transformación de la sociedad española". En A. Rupp, A. Zelmo M. Dalipi (Ed). *Spanien von innen und Außen. Eine interkulturelle perspektive. (España desde dentro y desde fuera. Una perspectiva intercultural)*. Berlín: LIT Verlag, 2011. 1-21 – 02/24/2012 Web

Rainsford, Sarah. "La crisis saca a los inmigrantes de España." *BBC Mundo, Madrid*. 05.05.11 6/11/13 11:06 AM Web



“Rescatan 24 supervivientes y 10 cadáveres de la patera buscada desde el lunes”. *El Mundo.es* 17/04/13 04:35 horas. 4/18/13 11:30 PM Web.

Rizzi, Andrea. “¿Y ahora qué hacemos con seis millones de inmigrantes?” *El País.es* 21.10.12 – 6/11/13 11:11 AM Web

Serrano, Antonio. “Inmigrantes de vuelta: ‘Hemos tratado de vivir dignamente en España, pero ya no da para más’”. *RTVE.es*, 22.4.13 – 6/11/13 11:09 AM Web

Vallejo, Juan Pablo. *Patera. Primer Acto* 302 (2004): 25-54.

Vallejo, Javier. “Escenarios y pateras”. *El País-Archivo*. 22.03.2008 – 3/26/13 4:42 PM Web.

Argus-a
Artes & Humanidades



